



TRES CUENTOS

Rufino Contreras

© Rufino Contreras Linares
Enero de 2001

© de la presente edición electrónica:



VNU Business Publications España, S.A.
San Sotero, 8. 4ª planta
28037 Madrid

La tiranía de Acuario	4
El final de Hugo Castor.....	9
El honor de los comensales.....	14

La tiranía de Acuario

El siglo XXI no es precisamente lo que cualquier idealista hubiera soñado: igualdad y libertad para los seres humanos, el fin de las dictaduras, las guerras y la hambruna. Por el contrario, los Imperialistas de Acuario (como llama todo el mundo a la raza superior que nos doblega y sojuzga) han impuesto su cultura vacua y neutra, sin más aderezos que la tecnocracia y el pragmatismo, que no elimina las injusticias sino que las acrecientan. Según la mitología oficial estos misteriosos seres provienen de un inhóspito planeta de la undécima constelación del zodiaco, pero me temo que esto no deja de ser burda propaganda. Porque tan mediocres funcionarios no podrían provenir de las estrellas, que en el planeta Tierra nos bastamos para producir ineptos y majaderos en cantidades industriales. Lo cierto es que después de los acontecimientos luctuosos del fin del siglo XX, con los bombardeos del imperio capitalista sobre un país dominado por un tirano serbio, se inició una escalada bélica sin sentido que degeneró en el caos más absoluto. Años de miseria y de segregación racial hicieron que la anhelada Unión Europea se fuera a tomar viento, y con ella sucumbieron los sueños de grandeza de los ciudadanos del Viejo Continente. En esto, surgió un amplio grupo social, una especie de secta de alucinados liderados por un visionario trasnochado que propugnaba el cambio de las costumbres post-burguesas basadas en el hedonismo y el libre pensamiento por una vida totalmente controlada y frígida. Pobres de nosotros, a los que ya sólo nos quedaba el placer de la mesa como religión y bandera, cuando nuestros cándidos ideales se fueron al garete por la ambición de la clase gobernante.

Los componentes de secta de Acuario se encostraron en los grupos de presión y supieron aprovechar el nihilismo que nos dominó tras la angustia de la postguerra. Como avispadados estrategas, se apoderaron de los ordenadores y de las redes cibernéticas, y pronto controlaron todos los mecanismos de acceso a la información. La economía, la política, la administración, fueron pronto coto privado de estos invasores que decidieron imponer hasta las modas y los estilos de vida. Intentaron acabar con la vetusta cultura mediterránea de un plumazo, supongo porque nuestro individualismo les encolerizaba, al igual que la siesta y nuestras juergas nocturnas.

Los oligarcas suprimieron rápidamente todo aquello que pudiera incitar a la sublevación y al levantamiento. Junto a los elementales derechos de reunión y de expresión, se cerraron aquellos loca-

les privados que no tuvieran la autorización oficial por cumplir estrictas normas de comportamiento. Bares, discotecas, centros de diversión fueron incendiados por las hordas juveniles (el brazo ejecutivo de los oligarcas) compuestas por seres anoréxicos que sólo se alimentaban de pastillas y concentrados vitamínicos. Pajizos seres que se revolían por los suelos si les mencionabas la palabra jamón. Fueron conculcados los movimientos culturales, artísticos o estéticos; todo lo que pudiera contravenir las normas establecidas, que en el fondo significaban la anulación del individualismo. En este huracán de atropellos contra la libertad y el sentido común, se alcanzaron los niveles más grotescos. Y nuestra rica gastronomía nacional fue uno de los grandes objetivos de aquellos desalmados. La base de nuestra cocina: el aceite, la leche, el vino, los huevos, la patata, la sal, etc. fueron vetados por el consejo represor, quien añadió a la prohibición de alimentarnos como Dios manda cualquier alusión verbal a los susodichos. Así, se suprimieron por decreto expresiones como «esa chavala está como un queso» o «mira que es salado tu amigo». Los más irónicos hablaban de que en vez de un régimen político se había impuesto un régimen de adelgazamiento. La cultura tradicional fue la que más padeció la censura, muy especialmente el entrañable refranero que sustenta en su sabiduría el gozoso arte del buen yantar y el beber comedido. Autores clásicos como Simone Ortega, o cocineros míticos como Arguiñano, fueron demonizados y arrancados de los libros de historia. La represión tocó sus garras sobre el cine, con la quema de cintas tan representativas como *La gran buffett*, o *El guateque*. Sucedieron anécdotas curiosas, debidas a la falta de información de los censores, que en su alarde depurativo destruyeron copias de filmes tan modélicos como *Marcelino pan y vino* o *Sopa de ganso* pensando que se trataba de apologías alimentarias. Y para rizar el rizo de los desatinos, los represores la pagaron con la cubertería y la vajilla culinarias. Cayeron en la hoguera todos los artilugios que adornaron las grandes cocinas del siglo XX, cucharones, ollas, pucheros, sartenes, fueron secuestradas por las fuerzas especiales del Gobierno y sustituidas por instrumentos más acordes con la cultura oficial: probetas, vasos ergonómicos, tenedores sin púas o cucharas huecas. Se había impuesto la comida transgénica y la alimentación clónica que no eran más que una serie de concentrados de alimentos con sabores inventados por mentes diabólicas, que sabían por cierto todos igual (hecho que nunca osé comentar, por lo que pudiera pasar), y que se tomaban programados por el ordenador central. En esa sociedad igualitaria en la base, los civilizados teníamos la suerte de comer lo mismo y de ser bendecidos por nuestra obediencia.

Tomar una caña o un chato de vino, pasó en poco tiempo de ser un placer a convertirse en un acto de rebelión, con lo que se produjo una versión muy amarga de la famosa ley seca. Cosechas de vino fueron tiradas a la basura, y miles de agricultores terminaron mordiendo el polvo de la pobreza y el infortunio.

La reacción popular no se hizo esperar con una protesta generalizada y se montaron manifestaciones con lemas atrevidos como «Con vino, y no con odio, se hace el camino», «Más panes y menos patanes» o «La libertad comienza en el paladar». Se organizaron grupos clandestinos que organizaron, para gran riesgo de su integridad, algunas fiestas dignas de Pantagruel, en las que rebosaba la comida, el alcohol y la incontinencia. Otros más idealistas se encadenaron a monumentos importantes de la capital con alimentos significativos en un brazo.

Todos estos movimientos sociales fueron aplacados cruelmente, y sólo los más radicales se unieron en grupos y se asociaron en ligas clandestinas o logias masónicas, que sirvieron de base para la resistencia. La mayoría de ellas adoptó nombres del horóscopo como una clara provocación al poder establecido. La liga de los escorpiones fue una de las más famosas, por su intransigencia y tozudez en sus principios fundacionales. A ella pertenecía mi amigo Rubén Alvarado, un diseñador gráfico que lleva-

ba una doble vida: dictando por el día una moda de ropa ajustada de licra y neopreno sobre cuerpos asténicos, y embutiéndose por la noche en la más extrema glotonería.

Y un servidor, como buen tauro, terrenal y materialista, a falta de un filete al que hincarle el diente, decidió en un acto de heroísmo supremo comerse sus nobles principios con tal de vivir fuera del alcance de las amenazas del estado. Pero desde entonces vivo indigestado, y no precisamente por haber abusado del tocino y de las habichuelas. Porque pienso que más alimenta una tortilla de patatas que la *Crítica de la Razón Pura* de Kant. Y como el genial Cervantes dejó dicho, el estómago es el horno donde se fragua la salud del cuerpo. Y que pienso yo que Shakespeare no hubiera hecho *Romeo y Julieta* sin tener el cuerpo bien pertrechado de *roastbeef* o que el *Lazarillo* no hubiera sido la obra maestra de la picaresca española si no hubiera tenido como trasfondo la aventura del comer, como el principal sentido de la vida.

Mi vida laboral no mejoraba mis expectativas existenciales. Mi trabajo de redactor en la agencia nacional de noticias se convirtió con la llegada de los intrusos en una nueva modalidad de vasallaje. Los fríos comunicados estatales debía convertirlos en reconfortantes mensajes de optimismo social. Los periodistas en esta época hemos quedado relegados a meros transmisores de la verdad oficial, y no nos permitimos ni retruécanos, ni dobles sentidos ni juegos malabares en las palabras, por amor a nuestras entrañas y a nuestro mísero sueldo mensual.

En esta fase de la existencia me debatía entre graves argumentos, dejar de ser aquel «revolucionario pasivo» renunciando a los derechos más imprescindibles del individuo, y asimilarme a la tiranía, haciendo uso del más abyecto conformismo. Un revolucionario de la época idealista había sentenciado: «Es mejor morir de pie que vivir de rodillas». Pero los sacrificios sublimes no entraban dentro de mis planes.

Entonces conocí a Laura. Con ella mi vida cambió radicalmente, y mis frustraciones reivindicativas pasaron a un segundo plano. La conocí en una recepción del alcalde de la ciudad, ella era nueva en el suplemento dominical y nuestra relación en un principio profesional tornó sin que apenas nos diéramos cuenta en un romance apasionado, donde nuestro amor encandiló la realidad. Y así vivimos los quince meses de nuestro noviazgo, amándonos por los rincones y aprovechando cada minuto para arrancarnos un beso a hurtadillas en la redacción. Entonces no nos importaba pernoctar junto al teletipo y al teclado del ordenador, pues sabíamos que en un momento dado podíamos calmar nuestro fuego amoroso en el archivo de documentación o debajo de la mesa de los dibujantes, lo cual resultaba a la vez tan incómodo como excitante. Para mí sólo existía ella y su voz femenina, cálida y sensual. Bajo la venda de la pasión, fui incapaz de percibir el berenjenal en que me estaba metiendo. Ella era virgo, ordenada y activa, y segura de sí misma y de sus creencias. Su obsesión por el orden y por el adelgazamiento fue tan sólo una pequeña nube en nuestro espléndido cielo de pasión, que más tarde se convertiría en un celaje gris, que eclipsaría nuestra relación y nuestras ganas de vivir.

Cada vez resultaba más difícil encontrar comida en condiciones, sin tener que entregarse a la comida basura (*fast food*) que se permitía como deferencia al otro imperio dominante, el americano, que gobernaba la mitad del planeta con su ideología absurdamente puritana. Hamburguesas, perritos calientes, alas de pollo... eran los únicos manjares que se permitían a las clases socialmente altas.

Nuestra relación terminó moderando su ardor inicial y rebajó con serenidad y ternura nuestros salvajes requiebros. El matrimonio se imponía, bajo el rito de Acuario por supuesto, y a ello convenimos no sin antes conocer a nuestras respectivas familias. Por mi parte, Laura no tuvo sobresaltos especiales ya que sólo tuvo que tratar con un hermano tarambana, dedicado al mercado negro que vivía al

límite, trapicheando mercancías ilegales como ostras, mojama o caviar. Mi caso fue bien distinto, el padre de mi futura era un miembro importante del gobierno marioneta y colaboracionista, concretamente, consejero de cultura. Era buena persona y un fiel cumplidor de la ortodoxia dominante, lo cual le anulaba cualquier sentido crítico y objetivo de la realidad. Y lo peor de todo era que Laura sentía un extremado amor filial por su progenitor y se doblegaba a sus argumentos como la mies se pliega al empuje del viento. El formalismo de mis suegro en ciernes chocaba de bruces con mi rebeldía, no exteriorizada pero que empezaba a despertar con el aullido desesperado de mis jugos gástricos. La boda se celebró un turbio domingo de noviembre, como una pantomima nauseabunda donde desfiló lo más abyecto del *establishment*, ministros, secretarios y un ser repulsivo, al que todos alababan y peloteaban por su condición de portavoz del gobierno. Un ser obeso y grasiento que contradecía la estética dominante, pero que achacaba su gordura a una enfermedad hormonal, aunque las malas lenguas aseguraban que era dado a la pitanza y al pimple desenfrenado. Hecho que pude confirmar por la simple razón de que mi hermano Ernesto era uno de sus proveedores de confianza. Mi situación no podía ser más patética, sin comerlo ni beberlo me hallaba en el centro de la diversión de mis más encarnizados enemigos. Laura disfrutó de lo lindo codeándose con personas tan principales y mostrando su orgullo henchido al sonar el himno del país (un burdo plagio de la copla del *vino que tiene Asunción*) que hacía alabanzas a la sobriedad, la contención y concupiscencia alimentaria.

El banquete fue digno de los perros de las bodas de Lázaro, con mejunjes infames y jarabes imbebibles, pero que al parecer fueron del agrado de la concurrencia, que no se olvidaban de ingerir sus pastillas alucinógenas homologadas por el Ministerio de Sanidad.

Nuestros primeros meses de matrimonio fueron muy felices, volví a la amnesia social, ya que nos dedicamos a visitar islas paradisíacas y lugares vírgenes de la ominosa mano de los estados imperialistas. Me sumergí de nuevo en la burbuja sensual y amorosa de Laura que me impedía ver más allá de nuestros cuerpos.

A la vuelta nos topamos con la dura realidad, el gobierno había apretado las tuercas y realizaba serios controles para sujetar la resistencia popular. Mi hermano fue una de las víctimas de la persecución. En una brutal redada fue detenido sin contemplaciones, las malas lenguas volvieron a señalar su dedo acusador sobre el portavoz del gobierno como culpable directo de la delación.

Caí en una depresión profunda, y mi Laura experimentó una metamorfosis dolorosa, idiotizada por su padre que me juró enemistad eterna al enterarse de mi parentesco con el detenido Ernesto. Nuestro amor se quebró como una placa de mármol, estallando en mil pedazos que hacían imposible una reconciliación.

Las discusiones se multiplicaron hasta límites insospechados, y todo fue un constante inculpar y echar en cara, de manera que tuve que claudicar. Me quedé por tanto descompuesto y sin esposa, por lo que refugié en el alcohol de contrabando que conseguía a través de un conocido de mi hermano que pudo saltarse la vigilancia. Entré en una pesadilla viviente, en el que me veía ciego como el rey Fineo de la Grecia Antigua que sufría el hostigamiento de unas harpías (mitad mujer mitad águilas) que le arrebatan su alimento y le hacían sangrar con sus picotazos lacerantes. O como un nuevo Tántalo del que las ramas del amor y de la vida se separaban violentamente cuando las tenía al alcance de su mano. Mi estado de dipsomanía me impedía distinguir entre la realidad y el sueño, y estuve a punto de perder mi empleo y echar por la borda todo lo que mi cobardía me había permitido conservar. Logré recuperarme a duras penas gracias a los consejos y apoyo moral de Rubén Alvarado, que como buen géminis podía simultanear dos personalidades totalmente contradictorias sin que su estado de ánimo sufriera mayor erosión.

El me hizo de puente y de entrada a la organización de los escorpiones, gente con carácter y acritud que planeaba atentados contra los máximos representantes de la autoridad. Con ellos cambió radicalmente mi concepción pacifista de la vida y entré en una espiral de vehemencia que me llevó sin justificación lógica alguna a presentarme como voluntario para reventar el domicilio del portavoz del gobierno. Quizá me quise hacer el gallito delante de una rolliza militante del partido con la que había hecho algunas migas y con la que aspiraba a desahogar mis penas y mi libido. O quizá el hecho de que aquel bastardo había delatado a mi hermano para salvar su grasiento pellejo. El caso es que me vi, una noche de octubre, cubierto con un pasamontañas y armado de un subfusil y dos granadas de mano. Temblaba como un flan casero, aunque me sentía poseedor de una misión divina y sentía a la humanidad observando cada uno de mis movimientos como del Libertador que les devolvería la comida y las ganas de vivir. La calle estaba oscura y silenciosa, los guardaespaldas se encontraban en un estado etílico lamentable y no parecían tomarse en serio la vigilancia. Jugaban en su caseta a una inocente partida de ajedrez en la que ambos sufrirían un jaque mate fulminante. Mis cuatro compañeros no tuvieron compasión en el momento de vaciar sus cargadores (con silenciador, eso sí) sobre aquellos dos infelices uniformados. Dentro del edificio, escuchamos a lo lejos risas de mujer disfrutando de un momento de paroxismo. Algo en mi inconsciente se removió causándome una desagradable náusea inexplicable. Seguimos avanzando silenciosamente y atravesamos un largo salón comedor, donde encontramos los restos de las más exquisitas viandas. Manjares que habían sido devorados por los más rastrojeros representantes del gobierno, y que nos prohibían al pueblo llano en nombre de unos ideales absurdos e irracionales. Atravesamos diversas estancias donde yacían cuerpos ahitos, algunos en pleno ayuntamiento carnal y otros, errabundos por mundos oníricos, roncando a pierna suelta. Mis compañeros de asalto siguieron su masacre particular dando de comer a su odio, lo que no podían disfrutar con el estómago. Los disparos provocaron una desbandada general. Ahora me tocaba actuar a mí, en calidad de artificio voluntario debía poner las cargas explosivas en los lugares estratégicos de aquel palacete. Cuando todo estaba preparado, y con las sirenas de la policía aullando cada vez más fuerte, pude ver una silueta en la ventana iluminada del dormitorio del portavoz del gobierno. Era ella. Aquella espléndida figura no podía corresponder a otra persona, por su brillo lejano y su voluptuosidad sonora. La cuenta atrás estaba a punto de finalizar, y los coches de la policía derrapaban con violencia. Mis intentos desesperados por interrumpir el reloj fueron vanos, mis chillidos de angustia se vieron apagados por un golpe seco de culata...

No se por qué, ni cuándo ni cómo, aparecí en un lugar de la serranía recóndito con un maldito dolor de cabeza, un machete y una caja de cerillas. Y con un mensaje un tanto críptico escrito en una servilleta: «los escorpiones se comen a los peces, los toros no sois más que un estorbo». Desterrado de la lucha armada y alejado de la sociedad, aprendí a subsistir comiendo raíces y huevos de codorniz. El tiempo pasa lento pero siento ya las nieves de la edad en mis patillas. Sigo viendo a Laura, a veces como su sombra majestuosa, y otras con su cara desfigurada por el fuego y las esquirlas. Hace poco, unos excursionistas me divisaron y me anunciaron el fin de la tiranía y la rehabilitación de los derechos fundamentales del individuo. Pero yo no les he creído, me parece una estratagema sucia de los sicarios del poder para llevarme a su terreno. Después de todo no deseo volver, soy feliz aquí con mis pájaros, mis harapos y mis sueños de libertad que ya no volverán a ser pesadillas.

FIN

El final de Hugo Castor

1

Cuando Hugo Castor llegó al cementerio, entrada la mañana, el Enterrador predicaba calurosamente sus principios ideológicos en un mitin, al que asistían los difuntos con mayor historial revolucionario. “Por unas fosas más confortables y un descanso más eterno, nuestro partido está siempre dispuesto a luchar sin tregua, y a cumplir las promesas, misión harto ardua, pues así parece demostrarlo la actuación de nuestros gobernantes”. Hugo Castor percibió en estas palabras más sentido que en todos los discursos políticos que oyera durante su vida. Los difuntos, enardecidos por la atracción personal del orador, repitieron unánimemente el estribillo con que siempre finalizaba la asamblea: “¡Viva el Enterrador! ¡Viva nuestro partido! ¡Abajo los crisantemos y los cipreses! ¡Viva el R.I.P.! Hugo se estremeció ante lo macabro de aquel lema. Poco después, los espíritus se disolvieron pacíficamente y cada cual se retiró a su tumba para reflexionar y sacar sus propias consecuencias. Hugo Castor y el Enterrador quedaron frente a frente.

—¿Qué hace usted en el camposanto? ¿Ignora acaso que está prohibida la entrada?— recriminó el político.

—Usted perdone, no lo sabía. Yo sólo vine a presentarle mi solicitud de ingreso en su partido— se disculpó Hugo.

—¡Váyase al cuerno! El requisito fundamental es estar muerto, y usted posee toda la vitalidad del mundo, según observo en sus ojos.

—No crea, estoy destrozado por dentro. Ya sabe aquello de que las apariencias engañan...

—Otra regla de nuestra organización impide la utilización de refranes morbosos. Le recomiendo que evite tales anacronismos.

—En fin, nunca podré pertenecer a su partido, ¿no es cierto?

—Yo no dije eso. Le repito que la cláusula esencial de la organización prescribe la necesidad de estar muerto para poder pertenecer a ella.

Hugo Castor miró de reojo al autor y le hizo un gesto muy feo (no parecía gustarle el guión). El autor se vengó echándole un borrón de tinta en la cara.

—Si muriera, ¿cuándo conseguiría el permiso de ingreso?— preguntó Hugo tras el lapsus

—El mismo día de su fallecimiento.

Hugo empezó a verlo todo más claro, a causa de que ahora no llevaba puestas las gafas de sol.

—Me viene bien. Pronto estaré con ustedes. Hoy mismo pienso suicidarme.

—El suicidio adquiere para nosotros una categoría inferior a la de la muerte natural o la de muerte por razones ideológicas.

—Yo no soy ningún héroe. El suicidio es lo más práctico.

—Carece de originalidad.

—Tal vez, pero... ¿quién es original en este mundo? Si acaso mi psicoanalista que se muerde las uñas de los pies.

—La originalidad es un principio básico de nuestra institución.

—Está empezando a fastidiarme con tantos principios absurdos.

—Es usted un necio. Los principios son la pauta que marca nuestro comportamiento. Sin ella la vida sería anárquica e irracional. Imagine a los hombres viviendo como animales, preocupados tan sólo en satisfacer sus instintos.

—Prefiero verlos así que destruyendo la naturaleza con sus grandes avances sociales.

—Me temo que usted traerá discordia a nuestro partido. Pero otra de nuestras normas es la permisividad y nosotros la respetamos como si fuese la primera.

—Menos mal— dijo aliviado Castor. —Es la primera cosa sensata que le escucho desde que le conozco.

—Es tarde— cortó el enterrador, —le esperamos con los brazos abiertos.

—Hasta la vista. A pesar de todo, me marchó más tranquilo. El suicidio siempre le trae problemas a uno, ya sabe.

—Entiendo.

El enterrador tuvo la amabilidad de acompañarle hasta la puerta antes de cobijarse en su fosa real. El sol crucificaba las sombras, y el mármol guardaba un silencio sepulcral. Hugo miró al cielo y éste se sonrojó.

2

Hugo Castor bebía copa tras copa con una velocidad inusitada. El camarero, sorprendido, le miraba no dando crédito a sus ojos (aunque éstos tampoco le hacían mucho caso a él).

—Pare un poco, se va a atragantar.

—¡Qué me importa! Esta noche me voy a suicidar.

—¿Y eso?

—Razones puramente existencialistas.

—Usted debe de haber leído muchos libros idiotizantes— censuró el camarero mientras servía la copa número veinte.

—¡Déjeme en paz!— gritó Hugo; —cada cual hace consigo lo que le viene en gana.

—No será usted un idealista. Esa clase de gente está perseguida por la ley; es una plaga de la sociedad. Hay que exterminarlas como si fueran ratas de alcantarilla...

—Como siga diciendo estupideces me voy sin pagar.

—Perdone, perdone— se disculpó abrumado el camarero. —El trabajo agotador me produce trastornos y luego lo pago con el cliente. Hágase cargo.

—Más le vale; el arrepentimiento conduce a veces a algo positivo— concedió Castor. —Su caso es un ejemplo.

—Le reitero mis disculpas.

—A partir de ahora, mida sus palabras.

Tras ingerir su copa cuadragésima, Hugo pidió la cuenta y dejó una abundante propina, nada menos que cincuenta dólares. El camarero, turbado, intentó devolvérselos.

—Es mucho dinero.

—Esta noche me suicido. No tengo ninguna razón para desear los cincuenta dólares. Quizá esto le haga ser más prudente en lo sucesivo.

—Dios se lo pague.

—Eres un cerdo. De qué vale que me pidas perdón si luego me sales mentando a ese tipo.

El camarero sucumbió moralmente y se puso a llorar con amargura. Nunca había metido la pata de tal manera; aquello no podría perdonárselo a sí mismo en toda su existencia. Hugo Castor rompió su vaso en la cara del barman. Éste agradeció el merecido castigo con una mueca extraña y después escupió dos dientes y un borbotón de sangre. Hugo salió esbozando una sádica sonrisa. Todo le daba vueltas en la cabeza: el alcohol había logrado su objetivo.

3

Hugo Castor caminaba descalzo por la arena y comprobó que en la playa todo estaba en orden: las olas jugaban con la arena; la arena enfadada optaba por mojarse pues -es clara la evidencia- no podía hacer otra cosa.

Hugo amaba el mar. Su padre, muerto por razones de salud, había sido pescador. Su madre, por el contrario, aborrecía todo lo relacionado con la sal. Por ello sus relaciones matrimoniales adolecieron de ciertas controversias. Un día ella los abandonó. Esto no afectó lo más mínimo al hijo que, siguiendo los pasos de su progenitora, abandonó a su vez al viejo, el cual no pudo sobrevivir a estos dos plantones tan seguidos. El mar, el agua, las sal, el yodo y lo demás causaban un efecto analgésico en Hugo. Y además, como alguien ha dicho, el mar es de gran ayuda para toda inspiración que precede al suicidio. Porque, como los románticos han demostrado, el suicidio posee un encanto poético envidiable. Fijó los ojos en el horizonte marítimo y dejó su mente en punto muerto. La brisa acariciaba su bello rostro de treinta años. Treinta años de una fugacidad sobrecogedora. Para Castor, el tiempo era algo inalcanzable. Toda su vida había intentado apresar, retenerlo entre sus manos y oprimirle el cuello hasta dejarlo sin vida. Pero es imposible, y él lo sabía, aunque nunca quiso creerlo.

Su pelo moreno, con algunas entradas indiscretas, se movía levemente; parpadeaba su leve flequillo. Sus ojos inmutables parecían escrutarlo todo. En su inmensidad visual el mar era manejado por un viento saludable. Las gaviotas volaban al ras del suelo, y algunas de ellas se preguntaban el porqué de la existencia, y no todas ellas hallaban una respuesta satisfactoria.

Hugo estaba como ausente. Miraba sin ver nada. El segundo paso para el suicidio, según un gran teórico alemán, consistía en la abstracción mental absoluta. Él se hallaba ahora en ese segundo estadio. La única pega era que no recordaba el tercer paso del método, problema no inquietante para Hugo, pues siempre se sintió orgulloso de ser autodidacta. La luz tomaba tonos grisáceos, como el uniforme de un cartero. Las olas se ponían a ráfagas de gala nupcial. La arena seguía en su sitio; algunos granos se desplazaban de duna en duna, buscando un tesoro recóndito que algún lobo de mar olvidó por exigencias del destino.

4

El cianuro burbujeaba misteriosamente en el vaso de loza. Hugo Castor observó su buhardilla destaralada y evocó sus tiempos estudiantiles. Recordó cuando suspendió su primer examen, por lo que tuvo que remontarse hasta la edad cuaternaria de su existencia. Siempre fue un mal estudiante; el sobresaliente se le presentaba tan mítico como la llegada del hombre a Saturno. No obstante, su asignatura preferida fue la filosofía. Amaba a Bakunin y a Marx con un furor que rozaba lo espiritual. En cambio no podía soportar a Guillermo de Ockham. Decididamente le repugnaban los positivistas. Algo parecido le sucedía con Jean Paul Sartre, por el que sentía verdaderas náuseas. Su concepción de la vida era elemental.

Su máxima favorita provenía de Nietzsche, “Dios ha muerto”. Y es más, Hugo añadió una coletilla al aforismo: “Dios ha muerto; yo lo maté”. La característica esencial de Hugo era un ateísmo empedernido. Su vida no poseía ningún sentido vital. Entre otras cosas porque su pasado no le aportaba ninguna satisfacción. La cuestión amorosa siempre le trajo de cabeza. Su amor, una hermosa joven de veinte años y cuerpo libidinoso, le dejó plantado achacándole su débil carácter. “No entras en mis planes para el futuro. Eres un hombre obsceno, careces de inteligencia; tu voluntad está flácida. Mi hombre ha de ser un superhombre”. Todo esto lo recibió Hugo a bocajarro y le traumó hasta tal punto que comenzó a odiar a Nietzsche y a su teoría ridícula del superhombre. El trabajo en la oficina no hacía más que triturarle los sesos continuamente. Su misión consistía en pegar sellos, siempre sellos, infinitos sellos, en estúpidas instancias dirigidas al ministro de obras públicas. Ésta es la razón por la que terminó odiando al jefe de la nación, motivo temático de las dichas pólizas. La lengua de Hugo no era del tipo corriente, estaba insensibilizada por el pegamento del maldito timbre. Los sellos habían contribuido en alto porcentaje a su visión pesimista del mundo por el regusto áspero que le dejaba en la boca.

La luna se enmarcaba en la ventana y le sacó la lengua desvergonzadamente. Hugo Castor no la tomó en serio. En aquellos momentos había cosas más importantes en qué pensar. El cianuro se estaba impacientando y Hugo lo recriminó con una mirada agresiva. Achantado, el cianuro dejó de molestar y se mantuvo quieto. La hora prevista para el desenlace se estaba acercando. De nuevo, Hugo sintió esa fobia contra el tiempo. Pero era inútil luchar con el tiempo; él lo sabía. Una mano nerviosa tomó el vaso, y acercó el cianuro lentamente a sus labios. En un esfuerzo inhumano, ingirió el veneno sin detenerse a valorar su acción desde ningún punto de vista, como recomendaba el romántico alemán, a lo que ayudó su acendrado escepticismo. Instantes después, Hugo Castor dejó de ser Hugo Castor. El mundo acababa de perder a un hombre de poco talento, un tipo sin agallas, un ser innecesario, un hombre inútil e insociable, en suma, un individuo pernicioso para la sociedad. Por lo tanto no debía haber lágrimas sino risas para celebrar tan leve pérdida.

5

En el cementerio, esqueletos antidisturbios disolvían violentamente la manifestación convocada para aquel día de septiembre. El enterrador yacía inconsciente junto a un ciprés, tenía todo el cuerpo magullado. Hugo, a su lado, gritaba toda clase de improperios maldiciendo a los esqueletos represores. Estos iban golpeando con furia a los difuntos rebeldes. Todo estaba perdido. El golpe de estado, llevado a cabo por los dictadores de ultratumba, había instaurado un estado de excepción y prohibido los partidos políticos. Algunos difuntos lograron refugiarse en sus lechos mortales. Los más desafortunados -entre ellos Hugo Castor- fueron apresados y conducidos a las celdas de castigo del camposanto. Tras un breve juicio militar, Hugo y sus compañeros fueron humillados y condenados a vivir de nuevo bajo la forma de agentes de seguros.

Hugo Castor pensó para sí, “Ni muerto le dejan a uno en paz”, y miró al autor con desprecio. El autor avergonzado abandonó la máquina de escribir y echó mano a una cercana botella de güisqui del barato y bebió con vehemencia para olvidar el decepcionante final.

FIN

El honor de los comensales

Ni los fastos inmemoriales ni los anales más rancios, ni los escribidores del reino pudieron hacerse eco de la verídica historia del duelo más inverosímil que jamás aconteció por estos pagos. Sólo en alguna recóndita aldea de Andalucía perdura el leve recuerdo merced al descuido de un anciano ebrio que, quebrantando la severa pragmática, glosó en la memoria mudable del pueblo las prodigiosas hazañas de dos contendientes condenados a hacer de su rivalidad religión. Corría el año 1.480 de Nuestro Señor, en un periodo de encarnizadas lides entre las mesnadas del caballero Rodrigo de Guzmán y las hordas del alcaide árabe Alí Jafet, en los últimos estertores de la Reconquista. Rivalidad tal no se conoce más allá de las cuencas del Guadalquivir. El objeto de la discordia recaía en una fortaleza que dominaba sobre un fértil valle, pletórico de frutales, olivares y huertas. La pendencia era tal y tan duradera, que cada dos o tres años cambiaba de manos, de manera que el habitante del castillo debía tomar las de villadiego cuando pintaban bastos, aunque no tuviera mucha afición al naípe. Una vez derrotados, tanto Alí como Rodrigo paraban en mientes cómo reconquistar tan preciada posición, tomándola al asalto cuando el enemigo bajaba la guardia confiado y abandonado a la holganza y la desidia.

Rodrigo Guzmán era un caballero cristiano fijosdalgo de impecable continente capaz de doblegar al más osado, valiente como el que más y fuerte como roble, diestro en el arte de guerrear y conocedor de todas las artes. No le iba a la zaga el buen Alí, aunque pagano, sabía de las leyes del honor y manejaba el alfanje con maestría consumada, y su fuerza descomunal era atribuida a Alá.

Viendo los dos bandos que la Fortuna se mostraba tan puntualmente tornadiza, desistieron por un tiempo de batallar, cansados como estaban de manchar los campos de sangre y de cuerpos mutilados. Allegados a Guzmán propusieron resolver la querella por una vía menos costosa, que los años acumulaban muertos por uno y otro lado, que ya no quedaban árboles para preparar ataúdes.

—Mi señor, debería plantar cara al caudillo de los infieles en singular combate e infligirle tamaña derrota que los dejara corridos por luengo tiempo —comentó Alvar Gutierre, su mano diestra tanto en combate como en asuntos de política.

—Mi buen Alvar, no sé en qué artes podría medirme con tal titán que me iguala en fuerza, destreza con las armas, agilidad en la monta del rocín, ingenio en el arte de la guerra, o su conocida sapien-

cia en el ajedrez. También le precede la fama de su varonil belleza, que a doncellas encandila con sus ojos zainos y las rinde a sus pies con sus encantos. Y no hablemos de sus dotes para la plática, y su soltura para la retórica. Y en el campo de las artes despunta como el que más. Son famosas sus jarchas y algunos dicen que es capaz de tejer con hilo de oro los tapices más bellos.

—Bien verdad decís, sin menoscabo para vucencia, que nos encontramos ante un ser prodigioso que improbable será doblegar en combate o en otra suerte de torneos sin dejar la vida o el honor en el empeño. Pero se me ocurre retarle a un singular combate donde el campo de batalla quede relegado a la mesa, y en vez de pelear brazos y hierros, diriman estómagos la querella. Y que aquel que sea capaz de engullir las mayores viandas resulte por todos vencedor y se le asigne dueño del castillo para los años venideros. Y que el derrotado jure respeto y obediencia y se retire con sus huestes a otras regiones, donde si le plugue podrá volver a guerrear o retirarse de las armas.

Holgóse el buen Rodrigo ante tal ofrecimiento, pues se solía dar a gala su gran capacidad en el arte del buen yantar donde descollaba sin igual, derrotando a diestro y siniestro en el embutirse piernas de cordero y en escanciar pellejos de vino. Bien conocido era su saque, al que no igualaban ni los lengedarios asistentes de los banquetes de Lúculo. Su destreza en devorar manjares sobrepasaba los límites del pensamiento, con una ejecución tal que no había plato del que no rindiera cuenta, por mucho que se encontrase ahito de carne, pan y pucheros. Ni los buches más ávidos osaban a disputarle una pieza en el plato, que el despachaba con la ligereza del leopardo. Ave predatora en torno a la mesa, sus anfritiones temblaban viendo como su hacienda menguaba por obra y gracia del incansable devorador de vituallas, que vaciaba sus despensas y esquilmaba sus bodegas. Mas la duda se apoderó de nuestro héroe:

—¿Tendrá a bien nuestro aguerrido alcaide participar en un duelo tan ventajoso para mi persona y nada halagüeño para su ventura?

—Voto por mi fe de caballero que Alí Jafet se avendrá a la prueba, de sus venas corren sangre de reyes y por la ley que profesa preferirá morir que caer en la deshonra de rehuir la disputa por desatinada que parezca -sentenció maliciosamente Alvar.

Risas bravuconas restallaron en la estancia, y se celebró el epigrama durante toda la velada con vena asado y regado de vino de Castilla, recio y áspero capaz de levantar la moral de un ejército entero.

Los cristianos se dieron alegremente al festín confiados en una victoria segura, ignorantes de que el titán moro padecía de gula, una adefagia insaciable que ocultaba a sus generales por no mostrar señal de debilidad. Incluso en los más encarnizados combates dizque tornaba raudo al campamento dejando en suspenso alguna carnicería para aprovisionarse con algún retal de la comida del día, con la excusa de recuperar fuerzas cuando de ellas andaba exultante.

Por eso, a la mañana siguiente, cuando el heraldo cristiano presentó la oferta de las justas aceptó de buen grado sabiéndose hacer digno papel, y poder por una vez en su vida entregarse sin freno a su mayor vicio obteniendo vítores en vez de censura.

Dos días después se aparejó todo para que en el salón principal del castillo se reunieran los contendientes no portando armas ni galas en la indumentaria, para arrostrar la prueba sin más ayuda que sus mandíbulas y sus tragaderas.

El heraldo cristiano leyó las formalidades, ponderando la calidad de tan altos personajes y relatando los pormenores del encuentro:

—...Y resultará victorioso aquel que consiga mantener el continente sin abandonar su puesto o hasta ver a su contrincante ahito en el suelo renunciar. Sin más, demos paso a tan gallardos comensales para medirse en la coquinaria contienda.

Una multitud de sirvientes presentó a los señores bandejas con viandas de toda guisa: pucheros de garbanzos, olla gitana, judiones de Castilla, estofados, gazpachos (para aligerar los estómagos) asados de cordero, lechones adobados, perdices en escabeche, venado en espeto, jamón, morcillas, salchichas, quesos, ahumados y toda suerte de pescados del mar: pez espada, besugo, pescadilla, merluza, sardinas, boquerones, cazón o lubina. Montañas de platos que bien pudieran alimentar a un ejército entero y aun sobrara para sus escuderos. Distintos tipos de panes hacían su acomodo en la mesa, mientras las jarras de barro rebosantes de vino aguardaban al paladar de los dos señores.

Pero no quedaba aquí la cosa, pues también se hizo acopio de todo tipo de golosinas y postres artesanos: arroz con leche, tortas fritas, tortadas magníficas, mazapanes toledanos, garrapiñadas, turrones, pastelillos o monas de pascua.

En la tercera fila de sirvientes, exuberantes bandejas aparecían atestadas de frutas y golosinas como pasas, membrillo, dátiles y dulce de calabaza. Era tal el desatino en el salón que hubo de disponer las bandejas por los suelos en una promiscuidad de carnes, pescados, guisados y abundantes postres. Y como es de rigor, los principales caldos del reino castellano tenían su representación en forma de grandes odres curados.

Antes de hincar el diente, Guzmán, como retador, dirigió a Alí unas palabras rituales:

—Por el Dios de la fe que profeso, por el honor de mi linaje y la honra de mi pueblo, juró que os haré morder el polvo de la derrota, aunque mi vida dependiera de ello. Y que aqueste castillo que ahora gobierno me sirva de morada venidera y habitáculo de mi hora postrera.

—Ruego a Alá que me otorgue las suficientes fuerzas para que desta justa resulte vencedor y con ello mis bravos soldados obtengan el galardón preciado. Retornaremos a las almenas y pararemos a sus católicas majestades de su vano empeño de arrojarnos desta tierra.

Terció el heraldo y sonaron clarines y trompetas para dar paso al esperado momento, que nobles cristianos y señores moros aguardaban con una expectación casi enfermiza.

Empezó la orgía culinaria y los dos titanes demostraron sus dotes en un alarde de masticar carne, triturar huesos, soltar exabruptos y engullir viandas. Tampoco andaban mancos en la ingestión de vinos de toda guisa.

Cada cierto tiempo optaban por aliviar su naturaleza con eructos y ventosidades, a veces con violencia suma, que abrían brecha en la concurrencia y creaba ciertos estados de desánimo: muchos de los concurrentes sufrieron desmayos y en el peor de los casos acaeció algún fallecimiento súbito.

A las dos horas seguidas de engullir con la voracidad de Saturno, comprendió Rodrigo de Guzmán que había menospreciado a su enemigo, viéndole cual estaba todavía entero comiendo con temible fiereza. Pero no le arredró la circunstancia, sino que se creció en valor y resolución azuzado por el amor propio. Decidió por tanto imprimir un ritmo vertiginoso en el despachar alimentos y trajinar pellejos. Alí Jafet percibió al punto el cambio de ritmo y secundó a su contricante, emulándole sin esfuerzo notorio.

Pasadas cuatro horas, los comensales empezaron a perder entereza y tuvieron que reducir el tamaño de sus bocados y dilatar el tiempo de masticación. A las diez horas, habían pasado de ser arrogantes caballeros a informes cuerpos deglutiendo como autómatas enajenados.

Al cumplirse las veinticuatro horas, los pocos testigos que aguantaban tan soez espectáculo sintieron tan sólo un asco infinito, al ver a dos lamentables cuerpos sórdidos, rodeados de sus propios excrementos e inmundicias y empeñados en seguir adelante en su desatinada pendencia, por más que generales y gente notoria suplicaban a los contendientes el cese de la justa. Ellos hacían oídos sordos y persistían en su obcecación.

El final fue inenarrable: dos cuerpos abotargados, amaratados y yertos, yacían sin vida en un maremagnum de podredumbre. Cristianos y moros abandonaron sus posiciones y decidieron no hacer mención alguna de tan lamentable suceso. Quemaron salas y abatieron torres, hasta que la fortaleza quedó desmoronada, alojando en sus entrañas los cuerpos de los dos tozudos caballeros que por no dar su brazo a torcer acabaron como masas informes, deshonorados, desprestigiados y sin nombre.

Sus propias majestades católicas ayudaron a cubrir el velo de la vergüenza con una ley que prohibía cualquier alusión o comentario sobre el luctuoso episodio bajo pena de destierro.

Sólo por azares del destino, algún testigo -ya senil- en estado de embriaguez desveló el fatal secreto a un buhonero que hacía noche en una venta de La Mancha, y a su vez éste, años después, lo transmitió a un artista callejero que lo incorporó a su repertorio, y en un corral de comedias de la Corte, viviendo el emperador Carlos, fue muy celebrada una comedia sobre dos caballeros que perseguían a la misma dama y que corrieron por amor la misma suerte que Rodrigo y Alí, pereciendo de feroz empaño. Tal vez por ello, se empezó a oír la expresión comer hasta reventar, que lingüistas posteriores interpretaron como exageración propia de la metáfora popular, sin reconocer el trasfondo de verdad que yace en toda leyenda.

FIN